

CAMPESINOS EN PIE

En los países de Centro América, la situación actual del campesinado es trágica. Dificilmente se puede exponer con palabras que no resuenen a demagogia la vida del sector mayoritario de nuestra población, que más que un vivir es un morir cotidiano. El hambre no es un fantasma, sino la condición normal; la enfermedad no es un peligro, sino un estigma ineludible; el desempleo no es una amenaza, sino el estado más habitual. Y así, la realidad campesina, amasada de desempleo, hambre y enfermedad, delimita la existencia de quienes, con su sudor anémico, mantienen en gran parte la vida económica de nuestros países, así como la lujosa y desvergonzada holganza de unos pocos.

Socialmente, este hecho constituye una razón más que suficiente para justificar la realización de una Reforma Agraria radical. Pero a la argumentación social se junta la argumentación económica: difícilmente, por ejemplo, El Salvador saldrá del marasmo económico en el que hoy se encuentra u Honduras podrá aspirar a ese mínimo de industrialización básica que le permita entrar competitivamente al Mercado Común Centroamericano, si primero no se cambian las estructuras agrarias de ambos países.

Es importante subrayar el aspecto estructural que debe revestir una verdadera Reforma Agraria, para salir al paso de quienes, interesadamente, pretenden que Reforma Agraria consiste en una simple y arbitraria repartición de tierras o quienes afirman que Reforma Agraria no es más que mejorar y tecnificar la producción agrícola. Reforma Agraria es reparto y mejoría, sí, pero no sólo esas cosas y, ciertamente, no ellas por sí solas. Reforma Agraria es, en lo fundamental, poner el campo al servicio de las necesidades de un pueblo entero, y no de una minoría; Reforma Agraria es hacer posible que el campo dé vida al campesino, y no que el campesino dé su vida al campo en beneficio de una rancia oligarquía. Por eso, porque se sabe que una verdadera Reforma Agraria va a las raíces de la organización clasista de un país, es por lo que los Gobiernos caen en la cuenta de su necesidad y urgencia, pero temen también su realización,

mientras que los terratenientes tradicionales tiemblan con sólo oír la mentar. Algo de esto acabamos de percibir en El Salvador a propósito de la aprobación de una ley, bienintencionada, aunque muy insuficiente, por la que se creó el Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria (ISTA).

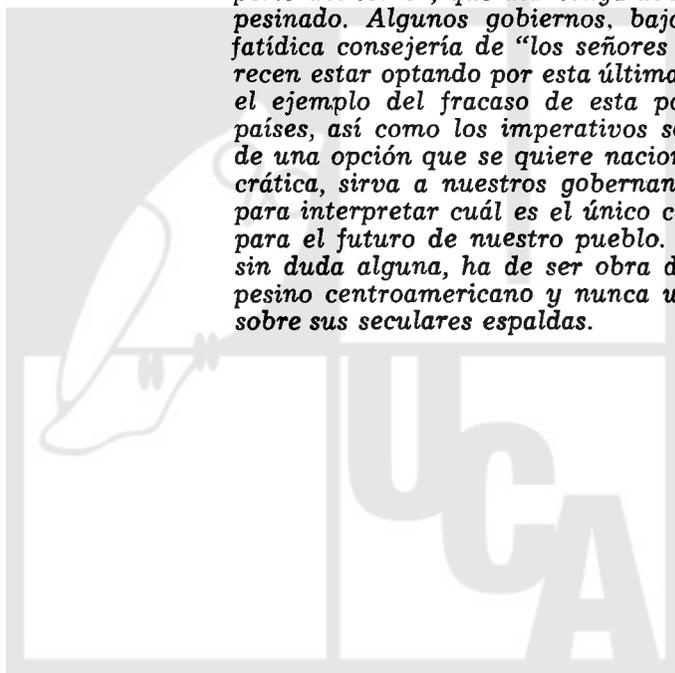
El ISTA puede servir tanto de instrumento para una Reforma Agraria como de instrumento para mantener intacta la situación actual en sus aspectos fundamentales. Todo dependerá de la voluntad política del Gobierno (del actual y de los que le sucedan). Por de pronto, el discurso del miércoles 25 de junio, en el que el Coronel Molina justificó la necesidad de la ley del ISTA, supuso un "jalto!" a la necia intransigencia de los sectores más reaccionarios del país; pero, de no mostrar una mayor coherencia entre los dichos y los hechos, supondría también la expresión de una política ambigua, cuya mejor formulación se encontraría en el dicho del Gatopardo: "es necesario que algo cambie para que todo siga igual".

La situación en Honduras presenta características peculiares. Allá el campesinado ha podido organizarse al amparo de la ley, lo que le ha permitido desarrollar su capacidad para hacerse oír a nivel nacional, sin necesidad de intermediarios ni de intérpretes oficialistas de su voluntad. Al campesinado hondureño se le prometieron tierras (en Honduras las hay, y en abundancia) al término de la guerra con El Salvador; pero todo quedó en promesa. Con motivo del Fifi, las promesas volvieron a cobrar actualidad, pero, pasados los momentos de la urgencia inmediata, su realización volvió a quedarse en el papel. El reciente escándalo del soborno bananero y la caída del gobierno de López Arellano representó la oportunidad para que, una vez más, se renovara la promesa de una Reforma Agraria. Esta vez, incluso respaldada por un sector joven de la oficialidad militar así como por el sector más dinámico de la industria hondureña, lo que ofrecía cierta garantía de que el proceso se pondría en marcha. Pero el nuevo gobernante del vecino país, coronel Melgar Castro, se ha caracterizado por su indecisión e incapacidad políticas, con lo que el problema sigue enquistándose más y más.

Ante la inoperancia oficial, el campesinado hondureño ha tomado la iniciativa. Con una disciplina realmente admirable y un irreprochable sentido de responsabilidad nacional, los sindicatos campesinos (principalmente la UNC) han puesto en marcha sucesivas acciones, con el fin de presionar al Gobierno a cumplir con su deber. Primero

fueron pacíficamente ocupadas doscientas fincas, de las que se retiraron tras la reiteración de las promesas gubernamentales; después fue el bloqueo de los puentes de acceso a las poblaciones; finalmente, "la marcha del hambre" sobre Tegucigalpa marcha que, a causa de maniobras típicas de provocación y de la no menos típica represión subsiguiente, pudo ser impedida.

El campesinado hondureño está en pie, no de guerra, sino de vida. Se engaña el gobierno hondureño si pretende achacar el conflicto a la acción de "agitadores" y resolver el problema a base de violencia y represión. El problema campesino no se soluciona con armas, sino con una Reforma Agraria radical e inteligente. La represión, al practicar la política del "chivo expiatorio", no hace sino agravar más y más la situación. En última instancia, la alternativa en Honduras, como en el resto de los países de Centro América, está entre realizar la Reforma Agraria o establecer un imperio del terror, que mantenga doblegado al campesinado. Algunos gobiernos, bajo la experta y fatídica consejería de "los señores del norte", parecen estar optando por esta última postura. Ojalá el ejemplo del fracaso de esta política en otros países, así como los imperativos sociales y éticos de una opción que se quiere nacionalista y democrática, sirva a nuestros gobernantes como clave para interpretar cuál es el único camino acertado para el futuro de nuestro pueblo. Un futuro que, sin duda alguna, ha de ser obra del mismo campesino centroamericano y nunca un futuro arado sobre sus seculares espaldas.



MISS UNIVERSO

Hace algún tiempo comenzamos a ver en los periódicos capitalinos unas pequeñas gacetillas, en donde se daba a conocer el ofrecimiento por parte de la firma "Miss Universe Inc." de Nueva York para que el famoso concurso que ellos patrocinan se llevara a cabo en El Salvador.

Parecía una cosa tan remota entonces... Nunca habiéramos pensado que la cosa iba en serio.

Nos parecía tan cuesta arriba que nuestro país, con tantos problemas y tantas necesidades, se embarcara en una operación tan complicada y tan absurda. Sobre todo, después de enterarnos que España, con toda la infra-estructura turística que ya posee, se había negado a ser la sede del concurso.

Pero ahora es un hecho. Un hecho triste, a nuestro entender, que pesará sobre nuestras conciencias cuando la historia emita sus juicios sobre nosotros, como un pueblo que no supo hablar a tiempo... o que, sencillamente, no pudo hablar.

Pero no nos interesa ahora el adjudicar responsabilidades a las conciencias de nadie, ni tampoco prever los juicios de la historia. Al fin y al cabo, esos juicios suelen ser muy contradictorios y sirven normalmente a los intereses de quien los emite. Lo que sí nos interesa es vernos a nosotros mismos en este espejo, en la hora presente.

*Y la imagen que este espejo refleja, es horrible. Los genios publicitarios de Madison Avenue nos hicieron morder el anzuelo y nos hemos vendido colectivamente a las tácticas falsarias de la propaganda comercial. Hemos renunciado a la responsabilidad de auto-construirnos y de buscar nuestra verdadera identidad, y nos hemos entregado a los maquilladores, a los peinadores, a los modistos, a los depiladores... A todos aquellos que nos van a **prescribir** la imagen ideal para las pantallas de TV.*

Como una niña ingenua, nos hemos entregado a los magos de la publicidad, para que nos despojen de lo que somos, para que oculten nuestra

verdadera imagen y nos presenten como una "auténtica" modelo profesional con cada pelo en su puesto, llena de pinturas y colores. Nos hemos embarcado en una histeria colectiva de parchamiento apresurado, para crear una fachada de belleza y limpieza digna de los visitantes y de los ojos consumidores de los televidentes de todo el mundo.

Se acicala la ciudad para el evento. Se limpia todo, se arregla todo, se pinta todo... todo lo que se vea por fuera. Lo que no se ha logrado nunca para beneficio de los que vivimos aquí, se logra ahora para beneficio de los que nos visitan.

¿Qué estará sintiendo ahora la gente que ha sufrido tanto desarreglo por años, al ver que por arte de magia se componen las cosas para agradar los ojos de los extraños?

¿Qué estará sintiendo ahora la gente en verdad necesitada, cuando ve tantos recursos invertidos en este carnaval de mentiras?

No hay que mencionar estadísticas, porque ya son de sobra conocidas. Y tal parece que los números ya no nos dicen nada. Lo cruel es que la gente, las mayorías salvadoreñas que podrán comprar sus miserias con este lujo absurdo, tampoco dirán nada, porque no les es permitido. Tampoco les fue permitido hablar cuando se tomó esta decisión.

Pero estamos seguros que este arreglo artificial no conduce a nada bueno. La violencia engendra violencia, y esta mascarada es una especie muy sofisticada de violencia, que sólo enajena más a los que ya llevan sufriendo varios siglos de opresión. (Quizás previéndolo, los organizadores necesitaron tantos expertos en Karate para proteger a las candidatas).

En nuestra opinión, el concurso de Miss Universo no debiera haber ocurrido nunca en El Salvador.

Aceptamos que un país como el nuestro jamás podría financiarse una publicidad a nivel mundial como la de ahora. Pero esta atención que el "Mundo" le dedicará a El Salvador no nos conviene, porque proyecta una imagen mentirosa, porque promueve un turismo malsano y porque los beneficios económicos que conlleva, además de ser muy transitorios, son discutibles.

También es cierto que toda comunidad humana

tiene el derecho de celebrar a la belleza. Pero esta belleza tampoco nos conviene, porque desfigura terriblemente los valores genuinos de belleza que pretende entronizar, e ignora nuestra atomizada realidad cultural para confundirla más en lugar de unificarla.

Se trata de una cuestión de necesidades y prioridades. Somos un país con serios problemas y con necesidades urgentes. Y no tenemos recursos suficientes para enfrentarlas solos. Necesitamos obtener la máxima eficacia de lo poco que poseemos y necesitamos mucha ayuda. Estamos convencidos de que este concurso no es lo que ahora más necesita El Salvador. De hecho, dudamos mucho de sus beneficios. Pero, además, aunque se demostrara la utilidad económica de esta aventura descabellada, el daño psicológico que dejará en la población es demasiado grande. Aunque sólo fuera por estrategia, cualquiera se daría cuenta de que el concurso no fue oportuno.

Pero ya es un hecho. Un hecho que nos marca a los que tenemos alguna forma de expresar públicamente nuestra opinión, pues pudimos haber dicho algo a tiempo y por ingenuidad e inexperiencia no lo dijimos.

Es demasiado tarde para soñar. Ojalá que en estas horas absurdas, por lo menos hayamos conservado la suficiente apertura y lucidez para entender el lenguaje que nos habla la realidad tan contradictoria que vivimos y que aflora con tanta intensidad, alumbrada por las luminarias del concurso de Miss Universo.